

AGRESIVO Y PENDENCIERO

Era una noche de abril del cuatro, y Diago se encontraba ante el bar. Estaba en *El Casco*, pero no había mirado el nombre, ni falta que hacía, pues ya había visto desde fuera que allí dentro estaba el hombre que buscaba. Diago llevaba el pelo un poco largo, hasta el cuello, un poco desmarañado, como le gustaba, y largo tiempo que lo llevaría así. Tenía una nariz ligeramente grande, aunque sin llegar a ser aguileña, la cual le venía de familia. Sus cejas negras iban a juego con su pelo, el cual no desentonaba con sus ojos marrones. Medía uno setenta y poco. Llevaba una cazadora clara, la cual parecía de piel, aunque nunca le había quedado claro, y unos pantalones que parecían vaqueros, pero más flexibles, así no le estorbaban para correr ni para ninguna otra tarea que requiera tener las piernas desembarazadas. Tenía una forma de andar un tanto peculiar, puesto que tenía los pies ligeramente torcidos hacia fuera. Podía parecer que eso le hacía andar peor, pero no le molestaba en absoluto. Es más, si se lo proponía podía echar buenas carreras. A pesar de que le gustaba ir bien vestido, su apariencia era lo bastante discreta como para pasar desapercibido ante cualquier desconocido.

Su hombre estaba allí, sentado en la barra, echando un trago. Se le veía nervioso, y con motivo. Él era la razón, pero ese moroso no lo sabía. El bar se veía estrecho desde fuera. A la derecha estaba la barra ante la cual se encontraban unas pocas butacas. Al fondo a la izquierda se veía que el local era más amplio. Debía de haber mesas para comer. Diago entró en el antro y se sentó al lado de su hombre.

—¿El señor García? —preguntó Diago en tono neutro.

—¿Quién lo pregunta? —respondió en un tono que desagradó a Diago.

—Alberto.

—¿Y envía a un mequetrefe como tú?

El señor García no se había sentido intimidado por la presencia de Diago, lo cual no le extrañaba. Un chico que acaba de superar los dieciséis años no es una imagen intimidatoria precisamente, y Diago no era de los que aparentaban una edad mayor de la propia. El hombre hasta parecía envalentonado. No se le veía muy alto, aparte de que se notaba que estaba algo fondón.

—¿Quiere que lo arreglemos fuera? —preguntó Diago.

El señor García quedó impresionado unos instantes por la proposición del efebo que tenía delante. Se le veía al hombre que no era un petimetre, pero a Diago eso le importaba un pimiento. Con tipos peores se las había tenido que ver.

—¿Con las manos? —preguntó el señor García, temiendo que Diago pudiera llevar una pistola o algo.

—Con las manos.

—De acuerdo.

Ambos se levantaron y se dirigieron hacia fuera.

—Ahora vuelvo Fran, no te lleves el vaso —dijo el señor García confiado.

El hombre iba con cara complaciente, seguramente porque pensaba que iba a zurrar a un niño esa noche, pero no pudo evitar mostrar cierta reserva al ver el rostro impasible de Diago. No había cambiado el gesto desde que había entrado. Era bastante inexpresivo, como el del que va a hacer una tarea rutinaria. Y ciertamente, casi lo era, pues Diago era *el cobrador del frac* de Alberto. Ambos salieron a la calle y se colocaron a unos dos metros el uno del otro, tras lo cual se quedaron mirándose el uno al otro unos instantes.

—¿Vas a pagar? —preguntó Diago.

—¡Ja! Que te lo has creído.

—Adelante.

El señor García vaciló unos instantes ante la decisión del niño pero enseguida se adelantó y le lanzó un directo a la cara. Diago no tuvo problemas para verlo venir y lo apartó agarrándole con fuerza la muñeca para acto seguido lanzarle a él un directo a la cara con tal fuerza que lo hizo caer al suelo de espaldas.

—¿Pero cómo lo has hecho? —preguntó asustado mientras se tapaba la nariz rota y ensangrentada.

No era el agarre lo que le había impresionado. Eso podía aprenderse en autodefensa. Era la fuerza del puñetazo lo que le tenía apabullado. No era normal en un crío como ése, incluso en un grandullón no era normal un golpe tan fuerte.

—¿Y bien? —preguntó Diago.

El señor García se incorporó y, nada más hacerlo se dio a la fuga a toda velocidad. Diago se lanzó tras él, acostumbrado ya a esta respuesta. Lo persiguió por varias calles manteniéndose casi encima de él, pero sin llegar

a cogerle. Esperaba llegar al lugar adecuado para echarle la mano encima. Después de unas calles llegaron a la plaza de los Sitios. Buena carrera estaba haciendo el desgraciado. Cuando estaba a punto de llegar al estanquillo que había en la plaza, Diago se le acercó todo lo que pudo, preparando su acción. Su presa seguramente intentaría driblarle ante el estanco para irse por el otro lado, pero iba a pagar cara la jugada. Justo cuando se disponía a hacerlo, Diago le puso la zancadilla y éste salió propulsado hacia delante por su propia inercia yendo a darse de bruces contra la pared del estanco, agravando lo que el puñetazo había hecho en su rostro. Acto seguido, Diago lo cogió de la chaqueta, lo arrastró hasta la pared del estanco y le apoyó la cabeza contra ésta. Hecho esto, le puso las dos manos encima y comenzó a apretar con fuerza contra la pared. El señor García comenzó a gritar a causa del tremendo dolor que debía de estar sintiendo. Unos segundos después se oyó un crujido en la cabeza de éste, tras lo cual, Diago lo soltó a sabiendas de que ya era bastante.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo.

—No tengo el dinero —dijo el señor García desesperado.

—En cambio te llega para echarte unos tragos.

Acto seguido, Diago le pateó un poco el estómago mientras el hombre seguía quejándose del dolor. Entonces, para asegurarse de que el moroso no se echara a correr de nuevo, le dio un fuerte pisotón en el tobillo. Sonó un crujido y el señor García gritó aún más. Entonces Diago se puso a registrarle los bolsillos a la vez que tiraba por ahí todo lo que no era lo que buscaba. Al final echó mano de la cartera de éste y la examinó para averiguar qué tenía el desgraciado. Había trescientos euros,

siendo que debía doscientos. «Maldita sea», pensó, «lo que hacen por no pagar». Diago cogió todo el dinero y le tiró la cartera a la cara.

—Me llevo todo —dijo—, el resto como intereses, pedazo de mierda, y si vuelves a hacerle la púa a Alberto, te mataré.

Dicho esto se fue, dejando al señor García ahí tirado para el arrastre.

Seguidamente se encaminó a la oficina de Alberto, la cual se encontraba en el paseo Independencia. La puerta del edificio estaba abierta, así que Diago se encaminó directamente escaleras arriba hasta llegar a la puerta. Cuando llegó, dio unos golpes con los nudillos.

—¿Quién? —se oyó un momento después.

—Diago.

—Ah, pasa —dijo el hombre que le abría la puerta.

Era el secretario de Alberto, un tipo esmirriado, un poco más alto que Diago. Se llamaba Ángel. Su cabeza estaba coronada por una calva, siendo su pelo castaño, aunque invadido cada vez más por las canas. Tenía la nariz pequeña y unos ojos grises hundidos en el rostro. Su pequeña boca emitía una leve sonrisa que acentuaba las arrugas de su cara. Vestía una camisa blanca y unos pantalones gris oscuro, e iba calzado con unos discretos zapatos de cuero marrones. Diago entró en el recibidor y se encaminó directamente a la puerta que conducía al despacho en el que solía encontrarse Alberto. Al no recibir ninguna corrección por parte de Ángel, dio por hecho que Alberto se encontraba dentro. Abrió la puerta y entró en la habitación.

Allí se encontraba Alberto ojeando algo en su ordenador. Era castaño y algo más alto que Diago, aparentaba unos treinta y tantos. Llevaba gafas de sol, una

chaqueta de cuero negro y unos vaqueros, además de un pañuelo sobre su pelo castaño en el que había un águila sobre la bandera americana. Parecía uno de esos moteros que van en *Harley Davidson*. En su rostro siempre estaba presente esa sonrisa suya, mediante la cual dejaba ver sus colmillos ligeramente desplegados, lo justo para no levantar sospechas, pero lo suficiente para que los que le conocían supieran que no trataban con un delincuente cualquiera. Ese detalle, unido al hecho de que no se le vieran los ojos debido a las gafas de sol, hacía que esa expresión pudiera resultar inquietante, puesto que rara vez dejaba de sonreír. De hecho, Diago sólo le había visto dejar de sonreír la vez que perdió unos cuantos gramos de cocaína al pincharse la bolsa que había dentro del jodido microondas que había cogido de una abuela a la que había tenido que convencer para poder llevárselo. La broma le había costado una deuda que le había durado casi dos meses. Hacía pocos días que la había saldado.

—Bien, ya estás aquí —dijo éste.

—Está hecho.

—Lo imaginaba, no era difícil. Apenas habrás tenido que valerte de tus aptitudes.

—Apenas —dijo Diago a la vez que dejaba el dinero sobre la mesa.

—Veo que lo has hecho bien, aunque has cogido más de lo que debías.

—Intereses y por las molestias.

—Bien, bien —dijo Alberto a la vez que cogía los billetes y contaba.

—¿Está bien?

—Por supuesto. Toma —dijo Alberto a la vez que sacaba un billete de cincuenta del fajo—, por las molestias.

—Creía que sobraban cien.

—Por las molestias.

—Las molestias han sido más —dijo Diago dejando ver su descontento.

—No es molestia sacudir a un borracho.

—Pues haberlo hecho tú.

—Yo tengo muchos asuntos que atender. Por eso te mando a ti.

—¡Joder, Alberto! ¡Eres un puto racán! —espetó Diago enojado.

—Y tú pides mucho.

—¡Maldita sea! ¡Me has tenido casi dos meses sin oler apenas un puto euro!

—Está bien, toma —dijo Alberto mientras sacaba otros cincuenta euros del fajo—. Joder con el niño.

—Joder, me cuesta sacártelas.

—Y tú para ser un crío eres bastante pedigüeño. Pero bueno, hace ya un tiempo que lo haces bien. Aún me acuerdo de la primera chapuza que hiciste en el primer trabajo que te encargué, con la coca.

Diago frunció el ceño.

—Aún me acuerdo, aún.

—Hace poco que liquidaste ya tu deuda. Ahora ya sabrás lo que es ir bien de dinero.

—Sí, sobre todo —comentó Diago con ironía.

Alberto se rió un poco.

—Bueno, puedes irte, aquí hay poco que hacer.

—Todo el mes ha habido poco que hacer.

—Sí, este mes ha sido muy tranquilo. ¿Te parece mal?

—Sí, teniendo una deuda que liquidar.

—Bueno, ahora ya está saldada.

—¿Va a haber algo entretenido o no este mes?

—No sabría qué decirte. Ha habido unos asesinatos últimamente.

Diago mostró algo de interés por estas últimas palabras.

—Pues no salía nada en las noticias —dijo.

—Tú por qué crees.

—Cosas nuestras, ¿no?

—Exacto, novato.

—Bueno, me voy —dijo Diago mientras se giraba.

—No te lo gastes todo.

—Vete a la mierda.

Diago salió de la habitación y luego del piso, bajó las escaleras y se encaminó a la calle. Hacía fresco, aunque a él no le afectara en absoluto. Ya no lo sentía como antes. Después de divagar, fue hacia el piso franco que Alberto le había adjudicado. No sabía el nombre de la calle, pero sabía dónde estaba. Con eso bastaba y sobraba.

Era una noche tranquila, como a él le gustaba. Nunca había sido noctámbulo, ni siquiera los fines de semana ni en fiestas, al contrario que la mayoría de la gente, pero ahora tenía que vivir de noche, no le quedaba otra. Pero bueno, hacía ya tiempo que se había acostumbrado. Los jueves y los fines de semana evitaba las zonas más transitadas, pues esos días bullían de gente y Diago se ponía malo. Se le hinchaba la cabeza.

Finalmente llegó al portal de su bloque, sacó las llaves y abrió la puerta, subió unas cuantas escaleras y llegó a la puerta de su piso. Era algo cutre y pequeñajo, pero al menos lo mantenía limpio. Tenía una habitación que hacía a la vez de cocina, dormitorio y salón, y un baño aparte; nada más, aunque para lo que hacía, no necesitaba más.

Ante él tenía dos ventanas que daban a la calle al otro lado de la habitación general. Había otra orientada al

mismo sitio en el baño, el cual se encontraba delante a la derecha. A su izquierda, al lado de la puerta, tenía la cama, que apuntaba hacia las ventanas. Delante de ésta había una mesilla con tres cajones y una tele pequeña encima. Debajo de la mesilla había colocada una silla, que era la única que tenía. A su derecha tenía la cocina. Era muy pequeña, y lo único que Diago usaba realmente era la nevera para guardar la sangre bien fresca. No tenía más que un par de bolsas, cuya sangre era insípida comparada con la que uno podía beberse tibia de algún incauto, pero por lo menos ahorran el trabajo de tener que acechar a alguien para echar un trago. Y más adelante de la cocina era donde se encontraba el baño. Se acercó a la mesilla y abrió el cajón de en medio. Dentro había una *Star*, una pistola de manufactura española, y dos cargadores de más. Diago no sabía de qué modelo era, tampoco le importaba, y al que se llevaba un balazo, menos aún. En el cajón de al lado había una funda para la pistola y unas correas, para colocársela en el pecho bajo la chaqueta, además de algunas cajas con balas.

Después de comprobar algunas cosas, Diago encendió la televisión que había en el piso, cogió el mando, colgó la chaqueta en la percha, se descalzó y se tumbó en la cama con el mando. Ésta estaba encarada de forma que pudiera ver bien la tele desde ella. Venía poca luz de la calle para moverse por el piso, pero a Diago le valía. No quería más luz. Así estaba todo más tranquilo, más sereno.

No daban nada decente en la tele. Películas porno en los canales guarros y cosas raras en el resto. No tenía forma de ver lo que él quería. Hacía ya largo tiempo que no la veía. Maldita sea, cómo podía atormentarse con algo así. Desde luego, había que joderse. Antes aún podría

aprovechar para alegrarse un poco la noche con las películas porno. Pero ya no era el mismo, y esas cosas ya no le calentaban el cuerpo. Ahora podía controlar esas reacciones de su cuerpo a voluntad, pero suponía un gasto innecesario. Aún quedaban algunas horas para el amanecer, pero ya no tenía nada más que hacer esa noche, así que apagó la tele, bajó las persianas hasta que no entró un mísero hilillo de luz por las rendijas y se tumbó en la cama. Mañana sería otra noche.

Diago se despertó. Había caído de nuevo la noche. No había planes. Se vistió y salió a dar una vuelta. Después de un rato caminando, sonó su móvil, el cual le había dado Alberto después de reclutarlo, por llamarlo de alguna forma. Era una *perdida* de Carlos. Éste era de su misma condición, aunque no del todo. Ese pulgoso podía hablar con los animales, entre otras cosas. Diago poseía otras cualidades. Seguramente estaría en la tasca esperándole. Era una que había en La Madalena, o en El Coso. Aún no tenía claro cómo era cada zona. Lo bueno es que esa zona era segura para él, aunque no siempre. La tasca era un antro oscuro, aunque apacible. La barra estaba a la izquierda nada más entrar y a la derecha había mesas estrechas empotradas contra la pared, flanqueadas por bancos en los que se sentaba la gente. Todo el bar parecía hecho de madera. Cuando llegó a la tasca, entró y se dirigió al hombre de la barra.

—Hola, Diago —dijo éste—, ¿qué tal estos días?

—Tirando.

—Anima esa cara, joder. Vamos, ve al fondo. Carlos te está esperando.

Diago se dirigió hacia la puerta del fondo. Allí sólo entraban los clientes selectos. «Los de paladar fino»,

decía el dueño del bar. Abrió la puerta y entró. Esa parte de la tasca era como la exterior, sólo que más oscura y sin barra. Allí estaba Carlos sentado en una de las mesas, esperándole. Su pelo marrón era corto y desgreñado. Era escurrido de cara, como si pasara hambre. Sus ojos marrones estaban rodeados por alguna pata de gallo. Diago le echaba *veintimuchos*, pero su aspecto descuidado le hacía aparentar alguno más. Llevaba puesta una chaqueta marrón y unos vaqueros, ambos desmarañados. La higiene nunca había sido su punto fuerte, aunque tampoco era un guarro redomado. Lo cierto era que parecía un *ocupa* de esos antisistema. Era él quien había enseñado a Diago lo que sabía de ese mundillo y de cómo tenía que hacer las cosas. Lo cierto era que había sido un tutor para él.

—¿Qué tal, *capullín*? —preguntó éste.

—Muerto de asco.

—¿Y qué esperas? Esto es Zaragoza. Aquí no ocurre nada.

—Y precisamente yo quiero que ocurra algo.

—Pues no es el mejor sitio.

—Ya, pero no tengo elección.

—¿Te has enterado de lo de los asesinatos?

—Alberto me ha dicho algo. ¿Cómo te has enterado?

—Porque a nosotros sí que nos incumbe.

—¿Pero las víctimas también lo son?

—No, sólo el asesino que yo sepa.

En ese momento entró en la sala el hombre de la barra. Se llamaba Pedro. Era un cincuentañero barrigudo. Tenía una generosa barba ya blanca a pesar de su calvicie. Traía una jarra de dulce néctar alcoholizado.

—Aquí tienes, Diago, que aproveche.

—Gracias.

Dicho esto, salió de la salita. Diago echó un trago de su jarra. Como sangre, era algo insípida, pero el toque de alcohol compensaba ese defecto.

—¿Te gustaría irte a algún otro sitio?

—Sí. A América. Con un poco de suerte, allí no tendría tiempo para aburrirme.

—Ya, pero allí se juega duro, ¿sabes? La competencia es feroz.

—Me imagino, pero bueno. ¿Y tú qué? ¿Cómo te va estos días?

—Pues como tú. Matando el rato.

Ya llevaban buena parte de la jarra y notaban el alcohol. Ellos no podían beber alcohol como el resto de mortales. Su metabolismo hacía tiempo que había dejado de funcionar, así que en cierto modo, el alcohol y las drogas ya no les afectaban. Pero si la sustancia en cuestión se encontraba en la sangre del recipiente, entonces sí que surtía efecto en los comensales.

—Es fuerte este néctar —dijo Diago.

—Sí que lo es.

—Para que sea así de fuerte le tendrá que haber dado un coma etílico al pobre desgraciado que hiciera de conejillo de indias.

—No es nuestro problema.

—No, supongo que no.

Los dos se quedaron un rato en silencio mientras echaban unos tragos de sus respectivas jarras.

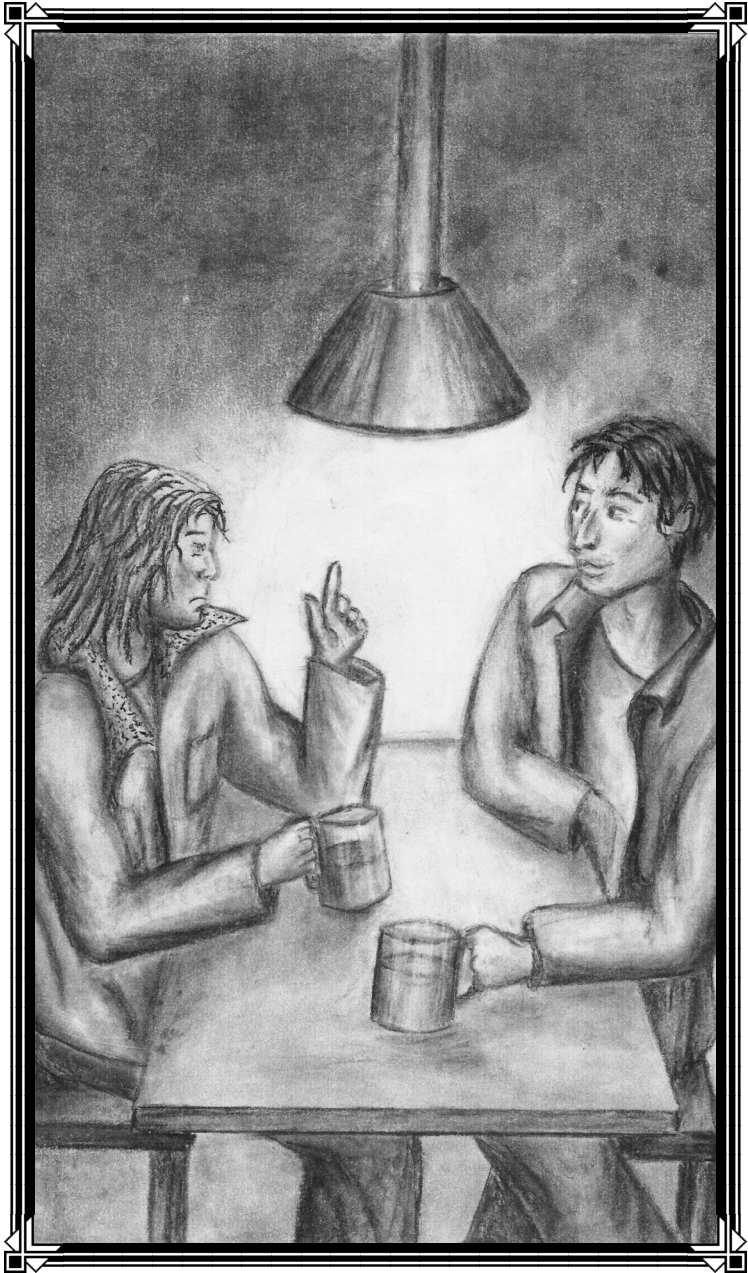
—¿Echas de menos tu otra vida? —preguntó Carlos.

—No mucho.

Carlos hizo patente su impresión.

—¿Por qué no? —preguntó.

—No sé. No vivía mal.



—¿Eras un niño rico?

—No, tampoco es eso.

—¿Entonces?

—Lo diré fácil: no podía quejarme.

—No es muy aclaratorio.

—Todo lo que tiene que ser. No más.

—¿Entonces te gusta más esta vida?

—Sí, creo que sí. Antes tenía la impresión de estar estancado, como de que me iba a pudrir aquí. Ahora me veo más libre, más o menos.

—¿Porque estás por encima de los humanos?

—Algo así, pero no es sólo por mis capacidades. Antes era un poco, ¿cómo decirlo? *Mierdecilla*.

—¿Así que eras el amargado del que se burlaban todos?

—Eh, capullo. No te pases de listo —dijo Diago irri-tado.

—¿No decías que eras un *mierdecilla*?

—Pero no así, gilipollas. Era un poco *friki*, pero me llevaba más o menos bien con todos. Lo que pasa es que era un vago redomado y no es que me apañara muy bien por mi cuenta.

—¿No podías hacer las cosas solo?

—Más o menos. Ahora es distinto. Desde que cambié, me siento capaz de comerme el mundo, y más agre-sivo, más pendenciero.

—Pues tampoco lo eres mucho.

—Pues imagínate antes.

—Je, je, ¿no serías pacifista?

—No, tampoco tanto. Lo que era bastante *puyero*, pero con los que tenía confianza. Por lo general evitaba los conflictos.

—Ahora prefieres cortar por lo sano pues.

—Si, así lo dejo todo arreglado de antemano.

Ambos dedicaron un momento a degustar sus bebidas en silencio en la penumbra.

—¿Tenías hermanos? —preguntó Carlos después de un trago.

—Uno —respondió Diago.

—¿Y tus padres?

—Bien, supongo.

—¿Los echas de menos?

—Sí, supongo.

—Joder, cuánto supones.

—Prefiero no pensar demasiado en ello —comentó Diago suspirando—. Total, no puedo volver.

—Cierto es.

—¿Y tú? ¿Tienes parientes aquí en Zaragoza?

—Alguno —respondió Carlos con la mirada perdida en el contenido de su jarra.

Viendo su expresión, Diago prefirió no seguir por esos derroteros. Pasaron un rato más charlando sobre esto y lo otro, aunque nada importante, hasta que al final, cada uno acabó marchándose por su lado.

Habían pasado ya dos días sin hacer nada, y Diago se sentía hambriento, así que se encaminó hacia el parque de Primo de Rivera a dar un bocado. Mucho parque y poca gente, como a él le gustaba. Aprovecharía para hincarle el diente a alguno de los caminantes nocturnos. Poco a poco se iba internando por la entrada principal del parque. Frente a él divisaba las escaleras que conducían hasta la placea en la cual se encontraba la estatua de Alfonso I El Batallador, uno de los más grandes reyes que tuvo la Corona de Aragón. Diago se desvió hacia los caminitos de tierra que se internaban en los árboles por todo el parque.

Después de un rato caminando, encontró lo que buscaba. Un hombrecillo estaba sentado en uno de los bancos del parque de espaldas a él, pensando en algo seguramente. Diago se aproximó despacio, sin hacer ningún ruido hasta el hombrecillo, se puso detrás de él y procuró tener el cuello bien al alcance. Cuando estuvo seguro, rápidamente le tapó la boca con la mano, desplegó sus colmillos y se los clavó en el cuello. El hombrecillo dejó de forcejear en cuanto Diago empezó a beber. Cuando consideró que estaba saciado, soltó al hombrecillo y lo dejó ahí, inconsciente, en el banco. Parecía que se hubiera quedado dormido mirando la luna. No estaba muerto, ni corría ningún peligro. Sólo estaba inconsciente y falto de sangre. Su saliva hacía que las heridas dejadas por los colmillos cerraran casi al instante, con lo cual no dejaba marca alguna. Con que comiera un poco y descansara después de levantarse sería suficiente.

Diago se encaminó fuera del parque. Daría unas vueltas antes de irse a dormir. Se detuvo un instante nada más salir del parque. Se veía La Romareda desde allí.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo de repente una voz conocida.

Diago se giró al instante. Eran dos matones de un competidor de Alberto. Ya había tenido que vérselas con ellos alguna vez, pero no con los dos a la vez. Eran grandes, unos gorilas. Uno llevaba la cabeza rapada y el otro tenía el pelo muy corto. Los dos tenían una la cabeza cuadrada, solo que la de uno era cómicamente pequeña y la del otro como un melón. La ropa que llevaban, a pesar de ser algo espesa debido el frío que acontecía esos días, apenas disimulaba su musculatura. A ambos se les veía que no eran muy listos, pero no era por eso por lo que les pagaban. Normalmente eso sería un problema,

pero Diago estaba tan aburrido de no hacer nada decente en los últimos días que hasta se alegró de esa compañía.

—¿Qué pasa? ¿Queréis que os sacuda otra vez? —respondió en tono amenazador.

—¿Es que crees que puedes con los, creído?

—Por supuesto.

—Ja, vamos a darte una buena paliza para dejarte las cosas claras.

—Está bien.

Diago se quitó la chaqueta y la dejó sobre la barandilla del parque. Hecho esto, se colocó de nuevo ante sus oponentes.

—¿Preparados? —preguntó Diago.

—Sí.

—Bien.

Diago debía tener cuidado, pues si no, entre los dos podían hacerle una cara nueva. Recurrió a la sangre, que era un combustible para él, para poder moverse más rápido de lo normal y se lanzó directo hacia el grandullón que estaba a la derecha. Le cogió el brazo izquierdo por la muñeca antes de que pudiera reaccionar y tiró de él, para que dejara su costado más expuesto. Acto seguido, le lanzó un puñetazo todo lo fuerte que pudo directo a las costillas y, a continuación, le dio un fuerte *patadón* en el tobillo, haciéndole caer al suelo gritando de dolor. Diago se preparó para patearle la cabeza, pero justo entonces se le vino el otro encima, lanzándole un directo a la cara. No lo vio venir y lo recibió de lleno, retrocediendo unos pasos. Le sangraba la nariz, pero no estaba rota. El hombretón se le vino encima de nuevo dispuesto a asestarle otro puñetazo, pero Diago interpuso los brazos en la postura defensiva de boxeo y detuvo el golpe. El grandullón presionó lanzando más golpes a

Diago y éste seguía guarecido con sus brazos. En cuanto tuvo un instante, aprovechó para lanzarle un derechazo a la boca del estómago, lo cual hizo perder la compostura al hombretón. Entonces Diago aprovechó para acelerarse de nuevo y descargarle una salva de puñetazos en la cara, la cual dejó a su oponente un poco falto de sentido, por lo que aprovechó para propinarle un fuerte gancho en toda la barbilla que lo derribó.

Seguidamente se giró para ver cómo iba el otro. Justo entonces se le echó encima placándole y tirándole al suelo. Acto seguido se puso encima de él y comenzó a darle puñetazos en la cara. Diago se las arregló para agarrarle los dos brazos al grandullón para no recibir más y movió las piernas como pudo para ponerle los pies en el vientre, con lo cual lo lanzó hacia delante. Seguidamente se incorporó con rapidez y miró a sus dos oponentes. Los dos se estaban incorporando, así que se lanzó a por uno de ellos y aprovechó para propinarle un buen *patadón* en la cara, tirándolo de nuevo al suelo. Justo entonces, el otro cogió a Diago por detrás, sujetándole con los brazos por los hombros, dejándole atorado.

—¡Vamos, sacúdele ahora que lo tengo cogido! —dijo el grandullón que le tenía agarrado.

El otro se levantó rápidamente y comenzó a darle puñetazos en el vientre. Éste le respondió aprovechando la fuerza de su opresor para izar las piernas y propinarle un doble pateo al que tenía delante, tirándolo al suelo. Ahora que sólo tenía al de detrás, aprovechó para echar la cabeza hacia atrás con fuerza y golpearle una y otra vez hasta que le soltó. Rápidamente se giró para encararse con el cabeceado y darle un fuerte puntapié directo a la rodilla, con lo cual se la echó hacia atrás más

de lo que era sano. Le pareció oír un crujido y el grandullón cayó al suelo gritando y sujetándose la rodilla.

—¡Aaaah! ¡Mi rodilla! —gritaba el hombre derrumbado en el suelo.

Diago se giró y vio que el otro se le venía encima otra vez, dispuesto de nuevo a placarle, pero esta vez Diago lo vio venir a tiempo, con lo cual se agachó todo lo que pudo y el grandullón tropezó con él para ir a darse de bruces contra el suelo. Rápidamente se levantó y aprovechó para saltarle sobre la espalda y descargar con fuerza sobre ella los dos pies. El tipo profirió un grito desgarrador y se puso boca arriba retorciéndose de dolor. Unos segundos después parecía que se recuperaba, pues intentaba levantarse de nuevo. Diago no iba a permitirselo. Lo cogió bien y lo levantó por encima de su cabeza.

—¿Pero cómo puedes tener tanta fuerza? —dijo el otro con la voz azotada por el pánico.

—Todo fibra, cabeza de chorlito, todo fibra.

Podía dejarlo caer sobre su rodilla para romperle la espalda, pero tampoco era para tanto, así que lo hizo caer de espaldas al suelo, yendo a dar el grandullón con la espalda en todo el asfalto, con lo cual volvió a gritar de dolor.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! ¡No nos hagas más! ¡Por favor!

Ya estaban los dos fuera de juego, uno con la rodilla machacada y el otro que ya no tenía la espalda para más trotes. Diago se agachó al lado del de la espalda machacada y empezó a hurgarle en los bolsillos.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—¿Es que quieres recibir más?

—Está bien, coge lo que quieras, pero vale ya.

Diago cogió su cartera y la abrió a ver qué tenía. Había cincuenta euros además de algunas tarjetas de visita. Cogió los cincuenta euros y le tiró la cartera a su propietario.

—Vete —ordenó.

—¿Qué vas a hacer con mi compañero?

—Eso es cosa mía. Vete o te escacharé la cabeza.

El grandullón se levantó como pudo y se alejó penosamente. Diago se acercó al de la rodilla machacada, que estaba intentado escapar como podía, pero con una sola pierna, en condiciones con las que no habría podido llegar muy lejos. Diago se le acercó y le dio una patada en la cabeza, lo cual le dejó más quieto. Diago le hurgó los bolsillos a él también. Cogió su cartera y le cogió los veinte euros que tenía. Podría llevar algo más. Acto seguido recurrió a la *vitae* para curar sus magulladuras y se aseguró de que no hubiera nadie por ahí. Cuando estuvo seguro, cogió al grandullón por la espalda y le clavó sus colmillos. La pelea le había costado un esfuerzo y quería estar lleno para no tener que salir de caza durante unos días. Cuando estuvo saciado, dejó al grandullón inconsciente sobre la acera, cogió su chaqueta y se marchó.

Al día siguiente recibió un mensaje de Alberto. Decía: «coge la pistola». Eso quería decir que esa noche se iba a divertir. Ciertamente, ya tenía ganas de disparar a alguien, aunque sólo fueran dos o tres disparos, así que se colocó la pistola con la funda sobre el pecho y se puso encima una sudadera negra que tenía. No era muy elegante, pero prefería llevarla cuando sabía que iba a haber acción. La chaqueta buena no era para mancharla y menos para agujerearla. También echó mano de los cargadores de más por si acaso. En cuanto estuvo preparado, salió en dirección al despacho de Alberto.

—Te estaba esperando —dijo Alberto.

—Ya lo sé —dijo Diago.

—Bueno, supongo que estarás impaciente por saber lo que tienes que hacer.

—Por supuesto.

—Bien. Sabes que solemos tener problemas con las bandas latinas.

—Sí, ya he tenido que atender asuntos concernientes a ellos.

—Bien, porque este asunto es serio. Esta vez se han pasado; en una pelea callejera, el jefecillo del grupo sacó una pipa y disparó el muy imbécil, matando a uno de los nuestros e hiriendo a otro. Y aún encima, ahora la policía está husmeando en todo a causa de eso. Quiero que les des una lección. Sé que esos desgraciados se reúnen a veces en la avenida Ranillas, donde la chimenea.

—Sí, sé dónde dices.

—Sé que esta noche estarán allí, quiero que te cargues a su jefe y si liquidas a alguno más, pues mejor y todo.

—No será fácil.

—Con que tengas algo de cuidado, deberías hacerlo bien. Acércate sin que te vean, pégale algún que otro tiro y sal por patas. Pero ten cuidado, habrá más de uno con pipa.

—Entendido. Bueno, salgo ya.

—No me falles.

—Habló el buen pagador —dijo Diago cerrando la puerta.

Diago se encontraba frente al solar de la chimenea, se veían algunas luces por encima del muro y sonaba el *reggaeton* a todo volumen. Había varias entradas, así que Diago dio una vuelta alrededor del solar para ver cuál

le vendría mejor. Al final decidió utilizar la entrada Norte, pues era por donde había más coches aparcados y menos luz. Fue deslizándose poco a poco entre las sombras y los vehículos hasta llegar al grupo de gente concentrado allí. Desde donde estaba lo veía todo bastante bien. Los coches de la banda con la luz y la música a todo volumen y unas veinte personas allí reunidas, entre ellas alguna chica. Joder, había unos cuantos, por lo menos no tendría que preocuparse de las chicas. Diago estuvo un rato observando desde las sombras, a ver quién era el jefecillo que le había dicho Alberto. Al final vio que era uno que parecía el más gallito del grupo. Se acercó más moviéndose entre los coches para ver si le oía decir algo que lo terminara de delatar. La música estaba alta, pero Diago esperaba oírlos más o menos bien si se acercaba lo suficiente.

—¿Viste la cara que pusieron cuando les disparé? —decía justo el que Diago pensaba—. Así no se pondrán tan chulos la próxima vez.

—¿Y no responderán? —preguntaba otro.

—Bah, no podrán con nosotros esos mierdas.

Diago estaba a punto de enseñarles cuán equivocados estaban. El jefecillo se sentó encima del capó de uno de los coches, quedando de espaldas a Diago. Éste sacó la *Star* de debajo de la sudadera y apuntó a la cabeza a su confiada víctima. Allí estaba pavoneándose y haciendo esos gestos con las manos que tanto le irritaban. Entonces sacó la pistola y se puso a hacer el tonto con ella. Lástima se volase la entrepierna. Ya lo tenía bien encañonado y más o menos quieto, así que apretó el gatillo. Se oyó un estallido y se formó un agujero en la cabeza del recién difunto a la vez que salpicaba sangre a los que tenía cerca. Acto seguido cayó redondo al suelo y empezaron a oírse

chillidos histéricos entre las chicas y gritos entre los chicos. Diago aprovechó para escabullirse entre coches y sombras sirviéndose de la confusión. Saliendo ya del recinto prestó atención a ver qué gritaban.

—¡Han sido esos *bijoputas*! ¡Encontradlos! ¡Matadlos!
—se oía entre los muchos gritos que salían de ese gallinero.

Diago aprovechó que estaba ya fuera para salir a la carrera en dirección Norte, corriendo entre los árboles que había en la avenida de los Pirineos. Se detuvo a la altura del parque del Tío Jorge, pegado a un árbol para que se le viera menos, y vio algunos coches que iban saliendo del solar de la chimenea. Cada uno iba por un lado. Diago miró el parque del Tío Jorge. Alberto le había dicho que no estaría de más que se cargara a alguno más, así que se lanzó a la carrera atravesando la carretera hacia el parque, tanto para llegar lo antes posible como para que le siguiera algún que otro coche de éstos. Oyó uno que se le acercaba cuando ya había vuelto a la acera. Saltó el muro rápidamente y se lanzó a la carrera hacia el pequeño lago que tenía casi enfrente.

—¡Rápido! ¡Ha ido por ahí! —escuchaba desde el coche que se había detenido ante el muro.

La zona del lago estaba a oscuras, por lo que se veía muy poco, así que Diago cruzó el puente que llevaba a la isla que había en medio a la carrera, y una vez cruzado, se metió debajo rápidamente. Con un poco de suerte, la poca visibilidad haría que los otros pensarán que se había escondido tras el árbol que había en medio de la isla o algo parecido. Oyó sus pasos mientras venían corriendo.

—¿Llevas la pipa? —decía uno de ellos—, que igual lleva una y nos dispara.

Pobres infelices. Claro que llevaba una, y por supuesto que les iba a disparar.

—Sí, sí que la llevo. No te preocupes. Ese cerdo no se escapará.

Ni falta que le iba a hacer. Por lo visto, sólo uno de ellos estaba armado. Oyó el sonido de pisadas ya en el puente y empezó a asomarse poco a poco. Todavía llevaba la pistola en la mano. Vio cómo los que le seguían se ponían frente al árbol. Eran tres, dos detrás del que debía de llevar la pistola, como para ponerse a salvo.

—¡Sal, maldito cerdo! ¡Te voy a matar, *hijoputa!* —decía el que iba delante.

Diago estaba ahora detrás de ellos. Al de la pistola no lo tenía bien a tiro, pues le tapaban los dos que tenía detrás. No tenían ni idea de dónde estaba Diago realmente. Éste apuntó y disparó una vez a cada uno de los que se interponían entre él y el pistolero. El otro se giró rápidamente y empezó a dispararle sin parar. Le acertó una bala en el pecho y otra en el estómago. Las balas ya no eran mortales para él, pero no por ello dejaban de doler. Diago apretó los dientes y disparó al desgraciado. No era la primera vez que había recibido un balazo, así que ya estaba bastante acostumbrado al dolor. Un reguero de sangre brotó de su cuello, ahí era donde había acertado la bala. El individuo cayó al suelo entre convulsiones. Diago salió del agua y se plantó ante sus víctimas. Los dos a los que había dado en la espalda se retorcían en el suelo, el otro apenas se movía ya. Justo entonces escuchó las sirenas de la policía, lo cual quería decir que ya no pintaba nada ahí. Así que guardó la pistola y salió por patas de ese lugar. Lo ocurrido quedaría oficialmente como un ajuste de cuentas, aunque era eso precisamente.

Diago se metió en uno de los cubiletes para cagar que había en la otra punta del parque después de asegurarse de que no le veía nadie. Allí no sería visto y no le encontraría la policía. Tenía que cerrar sus heridas, pero primero necesitaba extraer las balas. Dolía cuando entraban, pero era mucho peor para sacarlas. Debió coger un palo antes de entrar, pero ya no le apetecía salir, por lo menos hasta que sacara las balas, así que tuvo que arreglárselas con lo que tenía: las manos. Metió los dedos en la herida del pecho mientras apretaba los dientes para no gritar.

—¡*Cagüen* Dios! ¡*Cagüen* la puta de oros! —juraba entre dientes mientras se sacaba las balas.

Cuando finalmente se las extrajo, había soltado algo de sangre, pero estaba toda por la ropa, así que no tendría que limpiar nada para evitar dejar rastro. Entonces se concentró y se valió de la *vitae* para cerrar sus heridas. Hecho esto, salió del urinario. Llevaba la ropa manchada de sangre. En la sudadera, que era negra, no se notaba mucho, pero también tenía en los pantalones, y ahí sí que se veía. También estaban los agujeros de bala. Al otro lado del parque se veían las luces de los coches de policía. Diago salió del parque lo antes posible, pues no tardarían en mirar por allí también. Se encaminó hacia el río, allí trataría de quitarse un poco la sangre de la ropa. Una vez hubo limpiado lo que pudo, se encaminó hacia el piso franco. Ya le llamaría Alberto cuando se confirmara la noticia de la muerte de esos desgraciados. Ahora tenía una sudadera y una camiseta para tirar a la basura.

Como esperaba, recibió una *perdida* de Alberto a la noche siguiente. Había dejado las balas que se había quitado en

el lavamanos del baño y la ropa en la ducha. Ahora no tenía tiempo para hacer nada con ellos, luego vería qué hacer. Se puso otra ropa que tenía en el armario y se encaminó a la oficina de Alberto.

—Bien hecho —dijo éste mientras miraba el periódico.

—Me deshice de alguno más.

—Ya lo veo.

Alberto, con su omnipresente sonrisa de complicidad, echó el periódico sobre la mesa, con la portada hacia arriba. Diago lo cogió y echó una ojeada. Era el *Heraldo de Aragón*. En primera página, como titular, ponía en grande «*Ajuste de cuentas*» y debajo había escrito «*Un tiroteo entre bandas deja dos muertos y dos heridos. Se desconoce la identidad de los causantes*». A continuación explicaba que tanto los muertos como los heridos eran de la misma banda y que no se sabía quiénes eran los que lo habían provocado.

—Así que piensan que fueron varios —dijo Diago.

—Eso parece.

—Entonces, de puta madre.

—Te estás espabilando, Diago. Toma —dijo Alberto mientras ponía cien euros sobre la mesa.

—Hombre, sé un poco más generoso, que he perdido una sudadera y una camiseta.

—Así que no lo has hecho tan bien.

—Nada, dos tiros que me acertaron.

—Vaya, tendrás que depurar tu técnica. Toma —Alberto dejó otros cincuenta euros sobre la mesa.

—¡Maldita sea, Alberto! ¡Mato a dos personas y me das ciento cincuenta euros! ¡Eres un puto rácano de mierda!

—¿Y qué esperas cobrar? ¿Un plus por peligrosidad? ¡Te han metido dos balas en el cuerpo y vas tan fresco!

¿Manutención? ¡No comes! ¡No bebes! ¡Ni siquiera respiras! ¡Y si te agujerean la ropa es porque no sabes hacer tu trabajo!

Ambos se quedaron unos instantes, en silencio, mirándose fijamente el uno al otro. Diago sentía unas ganas horribles de partirle la cara, pero sabía que si lo hacía, seguramente sería él el que acabara con la cara partida.

—¡Joder, Alberto! ¡Nunca te faltarán excusas para no pagar! —espetó Diago mientras cogía el dinero y se lo metía en la cartera.

—Por cierto —dijo Alberto—, ¿estás al tanto de lo de los asesinatos?

—No mucho, ¿por?

—Me han llamado hace un momento para colaborar en la investigación. Órdenes de arriba.

—¿Vas a colaborar en la investigación?

—No. Yo no. Tú.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—No sé. Tienes que ir inmediatamente a la calle de León Trece.

—¿A qué número?

—Dice que ya lo sabrás.

—¿Y puedo saber qué voy a encontrar allí?

—Seguramente al investigador y a la siguiente víctima, supongo.

Diago se quedó en silencio un instante. ¿Por qué él? ¿Sería alguien que le conociera de algo? En ese caso, ¿de qué? No conocía a ningún investigador. ¿No sería por lo de anoche? No, no era posible, eso no tenía nada que ver. Bueno, sólo había una forma de averiguarlo.

—Entonces no les haré esperar. La *Star* no me hará falta, ¿no?

—No, hoy no creo.

—Bien pues. Adiós.

Diago se encontraba en León Trece, ahora sólo quedaba buscar eso que le haría saber cuál era el número. Mas allá en la calle había dos tipos ante un portal, ése debía de ser. Se acercó sin prisa, a ver si era ahí. Finalmente llegó ante los dos tipos y se detuvo ante ellos. Iban vestidos con ropa más o menos formal. Cantaba a la legua que eran, o bien policía secreta, o bien contratados.

—¿Nombre? —preguntó uno de ellos en un tono áspero.

—Diago.

—Pasa. Quinto B.

Diago entró en el portal y fue al ascensor. Era de los viejos. Llamó y esperó a que bajara. Aún hacía ruido. Cuando bajó, Diago abrió la puerta, entró y marcó el quinto B. Pensó cómo debía de ser el investigador. Seguramente sería de su misma naturaleza, al igual que el asesino. ¿Y por qué le quería a él? ¿Para incriminarle? Estaba algo nervioso, no sabía a qué atenerse. Aún tendría que salir de allí a palos. No, no creía. ¿Ayudar en la investigación? A Diago le parecía a la vez lo más lógico y lo más descabellado. Si le hacían acudir allí sería para colaborar, ¿pero cómo? Habían preguntado por él y no tenía ni idea de por qué.

Finalmente el ascensor se detuvo en el quinto piso. Diago abrió la puerta y salió. La puerta del quinto B estaba abierta y había otro de esos tipos en la puerta.

—¿Diago? —preguntó el tipo.

—Sí.

—Adelante.

Diago entró por la puerta y se adentró en el pasillo. Ante él salió al pasillo una mujer con una larga melena negra, con coleta. Tenía la nariz un poco grande, pero era elegante. Sus ojos marrones eran penetrantes, y su fina y pálida piel la hacía parecer una aristócrata. Unos labios escarlata terminaban de decorar su semblante. Tenía gafas y llevaba puesto un traje negro, con una de esas faldas más o menos *pretas* que llegaban hasta la rodilla. También llevaba una camisa blanca bajo la chaqueta del traje. Parecía una agente del FBI, aunque esto era España. Se le veían bien las piernas. «Bonitas», pensó Diago.

—Así que tú eres Diago —dijo la aparecida.

—En efecto. ¿Y tú eres?

—Catalina. ¿No eres algo joven para estar metido en este mundillo?

—No fue mi elección. Por cierto, ¿puedo saber por qué estoy aquí?

—Llevo unos días mirando a ver quién de aquí podría ayudarme con la investigación.

—¿Y yo soy lo mejor que puedes encontrar?

—Eso espero. Por lo que he averiguado sobre ti, parece que eres bastante agudo, aunque no lo parezca, aunque también dejes algún rastro.

—Y también sabrás que apenas llevo tres meses en esto.

—Por supuesto, y aún así te las arreglas bastante bien.

—Hago lo que me mandan.

—Pues ahora vas a tener que ayudarme con la investigación.

Diago se encogió de hombros.

—Haré lo que pueda.

—Eso espero.

—Supongo que aquí hay una víctima. Huele a sangre, y no poco.

—¿Has visto alguna vez un cadáver?

Los recuerdos asaltaron a Diago, que no pudo reprimir un suspiro.

—En algún entierro.

—¿Has perdido algún allegado?

—Más o menos.

—¿Preparado para ver a la víctima?

—Sí.

—Por aquí.

Catalina guió a Diago hasta la habitación donde estaba la víctima. Con un gesto le indicó que entrara. Lo que vio Diago al entrar le impidió reprimir la impresión. Los ojos se le quedaron abiertos como platos y también se quedó boquiabierto.

—¡¿Pero qué coño?! —preguntó.

La escena parecía el mostrador de una carnicería. La víctima estaba atada de manos y pies y sentada a la mesa. Tenía todo el torso abierto y los órganos desparramados por la mesa, todavía unidos al cuerpo de su propietario. Los que no llegaban hasta la mesa sí que habían sido amputados. Tenía también tenedores clavados en los ojos y una raja en la zona por donde se separa la mandíbula del cuello, por la cual asomaba la lengua y por la que debía de haber brotado sangre a borbotones. Diago no pudo evitar retroceder unos pasos. Estaba anormalmente pálido. Su respiración se habría acelerado y su corazón se hubiera puesto a mil por hora, pero ni sus pulmones transportaban ya el oxígeno a la sangre ni su corazón latía ya dentro de su pecho.

—¿Sorprendido? —preguntó Catalina.

—¡¿Pero cómo ha podido hacer esto ese hijo de la gran puta?! —

—La mente humana no deja de sorprendernos.

—¿Pero esto lo ha hecho sólo por divertirse?

—No lo sé aún, pero podría ser el caso.

Diago fue calmándose poco a poco. Ciertamente, era la primera vez que veía tan dantesco espectáculo. No era algo que dejara indiferente.

—¿Qué fue lo que le mató? —preguntó finalmente.

—Lo que realmente quieres saber es lo que tuvo que aguantar mientras aún vivía.

—Más o menos.

—Es parecido a las otras veces. Primero lo ató a la silla. Después le abrió en canal y puso sobre la mesa los órganos que no tenía que seccionar. Acto seguido le clavó los tenedores en los ojos, los cuales se aseguró de que estuvieran abiertos a la hora de hacerlo. Después hizo lo que acabaría con la vida de la víctima, la *corbata colombiana*.

—¿*Corbata colombiana*?

—Lo del cuello. Le hacen esa raja y le sacan la lengua por ahí, con lo que muere ahogado en su propia sangre.

—Joder con los colombianos.

—El resto se lo hizo o bien mientras agonizaba, o bien cuando había muerto.

—Mientras se moría ya más bien.

—Exacto.

Diago suspiró de nuevo.

—¿Y cómo sabes eso?

—Se me da bien averiguar cosas.

—¿Cómo exactamente?

—Puedo ver hechos relacionados con un objeto si lo toco, amén de otras habilidades que poseo.

—Ah, bien. Entonces ya habrás visto al asesino.

—No del todo. He podido ver lo que hacía, pero no he podido verle la cara.

—Joder, con eso no adelantamos.

—Ya, pero así conocemos su *modus operandi*.

—Vale, ¿qué más sabes sobre él? Si es uno de los nuestros, alguien le conocerá.

—No, nadie le conoce. Y no es un *neonato* como tú. Hace cosas que sólo hacen los que ya llevan un tiempo en este mundillo.

Diago se quedó sorprendido. ¿Cómo podía no conocerlo nadie? En este mundillo todos estaban localizados de alguna forma.

—¿Y cómo puede ser?

—No lo sabemos. Aún.

—¿Cuánto hace que estás con este caso?

—Una semana.

—Yo creía que los asesinatos eran de hace más tiempo.

—Y lo eran. He venido a la ciudad en sustitución del hombre que se ocupaba del caso.

—¿Y qué le ha pasado al hombre que investigaba el caso?

En realidad Diago no tenía por qué haber formulado esa pregunta, pues la respuesta era bastante obvia, pero tenía la vana esperanza de que fuera otra y de que la cosa no fuera para tanto, pues él estaba implicado y su pellejo en peligro.

—Muerto. Sabemos que le hizo lo mismo que a las otras víctimas, sólo que él vivió hasta que el sol apareció por la ventana.

A Diago le entró un regusto amargo en la boca. Esto era un asunto serio, al contrario de lo que había vivido hasta ahora. Ya no era asunto de recibir una paliza

o unos balazos y hacerse el muerto, aquí podían matarle de verdad.

—Entonces, el tipo es peligroso.

—No tanto. Lo que pasa es que mi antecesor no debió hacer la investigación solo, pero se empeñó en que no necesitaba ayuda y el asesino le cogió por banda. Por eso te he llamado.

—¿Pero por qué yo? No soy más que un novato. Hay tipos más experimentados y capacitados que yo.

—Cierto, pero tu historial me llamó la atención. Muchos logros en tan poco tiempo. Tienes potencial.

—Sí, para llevar una *corbata colombiana*.

—No te preocupes, si no haces estupideces, no tienes por qué acabar así. Además, ¿te parece bien que gente inocente tenga que aguantar esto?

—No serían tan inocentes. Además, a todos nos acaba llegando el San Martín.

—¿Lo dices porque realmente no te importan sus vidas o porque te da miedo entrar en esto?

Diago se tomó unos instantes para reflexionar la respuesta.

—Más de lo segundo.

—Piensa que resolver esto quedará muy bien tu currículum.

¿Currículum?, se preguntó Diago, ¿había que echar un currículum en alguna parte para salir de esta ciudad?

—¿En qué currículum?

—Es una forma de hablar, criatura. Estás algo espeso.

—Perdona, esto me supera.

—No te preocupes, todo saldrá bien, siempre y cuando me hagas caso.

La voz de Catalina sonaba impasible en todo momento, nunca tranquilizadora, ni siquiera cuando le habría

venido bien a Diago; en cambio la oferta de poder salir de allí si resolvía el asunto fue suficiente para subirle de nuevo el ánimo.

—Bien. Entonces, ¿has empezado de cero? —preguntó Diago.

—No necesariamente, tengo todas las notas de mi antecesor.

—Bien, ya tenemos algo, que es... —dijo, dejándolo a medias para que lo terminase Catalina.

—Un retrato robot, pero no es muy exacto, según sus notas.

—¿Lo tienes a mano?

—No, lo tengo en mi oficina, luego te lo enseñaré.

—Dime por lo menos si es hombre o mujer.

—Hombre. También sabemos que todo lo que usa lo coge del sitio, no trae nada a la escena.

—¿Improvisador?

—Por lo visto.

—¿Huellas?

—Nada, es probable que use guantes.

—¿Y las víctimas?

—No hay relación, al menos de momento. Creemos que lo hace por hedonismo.

—¿Hedonismo?

—Para sentirse mejor e incluso para sentir placer sexual.

—Joder. ¿Y algún testigo que haya visto, no sé, un tío por ahí manchado de sangre que fuera cantando o algo?

—Cantando no, pero alguien vio a uno con una sudadera negra salir del parque del Tío Jorge con la ropa manchada de sangre. De momento eso es todo lo que tengo.

—Pues no tienes nada. Era yo.

—¿Cómo? ¿Qué hacías allí cubierto de sangre? —preguntó Catalina algo irritada.

—¿Has leído el periódico?

—¿El ajuste de cuentas?

—La sangre era mía. Me acertaron dos balazos.

—Maldita sea —dijo Catalina frustrada—, pues no, no tenemos nada. Está bien, vete. Te llamaré cuando tenga algo.

—¿No quieres que te ayude aquí con algo?

—No. Ya hemos mirado todo lo que podíamos sacar.

—Está bien, me voy. Ya conseguirás mi número.

Dicho esto, Diago salió del piso y se fue del edificio.

Habían pasado dos días y Diago se encontraba ante la estatua de Alfonso X El Batallador. La estatua se alzaba poderosa en lo alto del parque. Le gustaba pasar un rato allí algunas noches. El pecho se le hinchaba de orgullo cuando se encontraba bajo la atenta mirada del gran rey.

—Fueron tiempos duros —decía Diago al rey tanto como para sí mismo—, pero una gran época.

«Maldita sea», pensó, «en esa época sí que habría vivido bien, ensartando desgraciados y rebanando cabezas». Ahora era todo distinto, los valores se habían perdido y no había más que inútiles y *quejicas* protestando por *memece*. También esos hipócritas *tocacojones* que no paraban de quejarse de que si había hambre en el mundo, que si la vida es injusta.

—¡¿Entonces por qué no hacéis algo para arreglarlo en vez de tanto hablar?! —gritó Diago solo en la noche.

—Habría que hacer algo para ayudarles. Eres un insensible por no preocuparte por ellos. ¿Cómo puede haber tanta injusticia en el mundo? ¿Por qué no les ayuda nadie? —decía esta vez en tono burlón.

—¡Pues despegaros las manos de los cojones y haced algo! —gritó de nuevo alterado—. O por lo menos callaos y no nos amargueis la existencia a los demás.

Después de decir esto, Diago se sentó en el suelo y trató de calmarse. Maldita sea, si alguien le viera pensaría que estaba mal de la cabeza.

—Si es que vivimos en una casa de locos, ¿verdad Alfonso? —comentó mirando a los ojos a la gran estatua—. Yo antes había sido así, ¿sabes? Pero con un poco listo que seas, te acabas dando cuenta, cada uno recoge lo que siembra. Vale que hay gente que tiene que aguantar males que no se ha buscado, pero eso nos acaba pasando a todos. Además, no se puede ayudar a todo el mundo, y menos si eres incapaz de ayudarte a ti mismo, además de que no puedes ayudar a todo el mundo, hay que conformarse con poder ayudar a los más allegados.

Diago se quedó un rato mirando la gran estatua. Parecía *Spiderman* hablando con la gárgola en la serie de la tele, sólo que *Spiderman* tenía a un bicho feo y Diago tenía a un gran rey. Al momento se tumbó un rato allí mismo. Qué distinto era todo ahora de hace unos tres meses, antes de cambiar. Ya no era el chico tranquilo y tímido que bromeaba con sus amigos. Ya no era el chico inocente e ingenuo que aún pensando que era consciente de cómo eran las cosas, estaba equivocado. La realidad distaba mucho de cómo creía entonces que eran las cosas, y ahora, poco a poco, la iba descubriendo. Ya no era un chico, ni ingenuo, ni tranquilo, ni inocente. Ahora era arisco, asesino, pendenciero y cínico. Desconfiaba de lo que le decían, arremetía contra el que le provocaba y disparaba al que le tocaba, todo había cambiado. Ya había crecido, no como los mortales, pero había crecido.

Diago se levantó y comenzó a descender por la larga escalinata. Se veía movimiento en una parte del parque, por lo que decidió ir a echar un vistazo. No le parecía raro, simplemente le picaba la curiosidad. Al llegar allí vio a unos diez tipejos acosando a una joven. Eran muchos, pero no iba a consentir tamaña desfachatez ante sus narices. Oía lo que iban diciendo mientras se acercaba.

—Vamos guapa, juega con nosotros —decía uno de los energúmenos.

—¡No! ¡Basta ya! ¡Dejadme en paz! —decía la chica asustada pero manteniendo la compostura.

—¡Eh, mirad! ¡Viene alguien por ahí! —decía otro señalando a Diago.

El parque estaba a oscuras y sólo había algunas farolas iluminando alguna zona. La cuadrilla entera se encarró hacia Diago. Éste seguía acercándose entre las sombras, hasta que se detuvo bajo una farola alumbrado por ésta. Quería ver a quién se enfrentaba y de paso que supieran quién era él.

—¡Ah! Hola, Diago —dijo uno de ellos—. ¿Quieres unirte a la fiesta?

Entonces cayó en la cuenta, ya sabía quiénes eran. Era una cuadrilla de pendencieros que también trabajaban para Alberto. A Diago le parecían un poco idiotas, pero no le quedaba otra que trabajar con ellos. Ya los había tenido que dirigir en algún encargo.

—¡¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?! —dijo con tono de irritación.

La cuadrilla se percató y todos se quedaron un poco más quietos.

—Nosotros sólo queríamos divertirnos.

—Maldita sea, si queréis echar un polvo, iros al Rollo. Ésas se os llevan a un portal sin mediar palabra.

—Lo sabemos, pero es que esta noche está un poco muerta.

—Pues alquiláis una porno y la veis entre todos, pero aquí no vais a hacer nada más.

Los pandilleros vieron que no iban a poder convencer a Diago de ninguna forma y salieron de allí hacia la Romareda.

—Así que mandas a esos matones —preguntó la chica mientras se acercaba.

Era rubia, de ojos marrones. Era de la misma estatura que él, vestía una chaqueta de piel y llevaba una minifalda vaquera. Sus estilizadas piernas estaban cubiertas por unas medias marrón oscuro. Eran bonitas, como las de Catalina. Por lo que Diago veía, tenía buen tipo. A pesar de la chaqueta, podía adivinar unas medidas no muy lejanas al noventa-sesenta-noventa. Y también era guapa de cara, algo preferente para. Tenía una bonita nariz respingona y unos sugerentes labios carnosos. Por lo que le parecía a Diago, pasaba los veinte por poco.

—Más o menos —respondió.

—¿Te gustaría acompañarme a mi casa? Como ves, estas calles no son seguras para una chica como yo.

—Será un honor.

Diago podía hacer que la gente se sintiera atraída por él, así que se valió de ello para encandilar a la chica. No lo utilizaba muy a menudo, pues por lo general evitaba la compañía, pero ahora tenía ganas de sacarle provecho y pasar una buena noche. La chica se arrimó a él mientras iban camino de su casa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica.

—Diago, ¿y tú?

—Sandra.

Los dos caminaron un rato hasta llegar a un portal.

—Gracias por acompañarme —dijo Sandra.

—Ha sido un placer.

Sandra se quedó unos instantes mirándole, éste todavía ejercía su influencia sobre ella.

—¿Quieres subir?

—Encantado. ¿Vives con alguien?

—Sí, pero no está esta noche.

—Entonces no hay problema.

Sandra abrió el portal y Diago la siguió hasta el ascensor. Ella apretó el botón de llamada y esperaron unos momentos hasta que bajó. Éste se abrió y ambos entraron. Sandra apretó el cuatro y el ascensor comenzó a ascender. Miró unos instantes a Diago y acto seguido se le echó encima, juntando sus labios con los de él. Eso le cogió desprevenido, pero al notar la lengua de su acompañante moviéndose en su boca, comenzó a imitarla, con lo cual sus lenguas comenzaron un sinuoso baile a la vez que las manos de uno recorrían el cuerpo del otro. Joder, sí que funcionaba bien esta capacidad, tendría que utilizarla más a menudo. Eso y lo bien que se lo iba a pasar esa noche.

El ascensor llegó a su destino y ambos salieron entrelazados. Sandra se separó unos instantes de Diago para abrir la puerta de su piso y ambos entraron en él. Seguidamente encendió las luces y le llevó hasta su habitación, apagó las luces del recibidor y encendió una lámpara que había en su mesilla. Cogió a Diago, lo movió hasta el borde de su cama y lo tumbó de un empujón sobre ella. Acto seguido se echó encima de él y siguieron con la danza de las lenguas. Diago fue introduciendo sus manos bajo la falda de Sandra por detrás, apretándole las nalgas, lo cual hizo que se estremeciera. Qué

buen tacto tenía. Justo entonces sonó su móvil un instante. Era una *perdida*.

—¡Joder! —espetó Diago.

—Déjalo, sólo es una *perdida*.

—Ojalá.

Diago se separó un poco a Sandra y cogió su móvil. Esperaba con toda el alma que no fuera Alberto. Miró el móvil y se cagó en todo, pero en silencio. La *perdida* era de Alberto, lo cual quería decir en la oficina, y ya. Meditó durante unos instantes qué hacer y al momento lo tuvo claro.

—¿Quién era? —preguntó Sandra.

—Nadie, sigamos.

Diago y Sandra volvieron a lo suyo. Le gustaría estar ahí hasta el final, pero tenía que ir a la oficina de Alberto. Se movió un poco y comenzó a besar a Sandra en el cuello. En cuanto lo tuvo bien puesto desplegó sus colmillos y los clavó en el cuello de Sandra, la cual comenzó a gemir mientras Diago bebía su sangre. Llevaba ya unos días sin beber nada, así que ese trago le vendría muy bien. Ya le habían dicho que un bocado de ésos podía resultar placentero para los anfitriones, y más en estas circunstancias. También le habían dicho que cuando más se disfrutaba el muerdo para ambos era durante el orgasmo, pero no iba a poder averiguarlo esa noche. «Hay que joderse», pensó. Cuando estuvo satisfecho, dejó a Sandra, la cual estaba inconsciente tumbada sobre la cama. Su saliva haría que las marcas desapareciesen. Diago salió de la habitación de Sandra y del piso para dirigirse al ascensor, pero prefirió bajar por las escaleras. Una vez salió del edificio se encaminó hacia la oficina de Alberto.

—¿Y bien? —dijo Diago un visiblemente irritado.

—Tè veo un poco mosca —comentó Alberto en tono burlón.

—Acabas de joderme un casquete.

Al oír esto, Alberto se quedó unos instantes mirando a Diago, tras lo cual se reclinó en su silla entre carcajadas.

—No me jodas, ¿dieciséis años y ya estabas echando un casquete?

—Casi.

—Oh, perdona, te he jodido tu ritual para perder la virginidad.

—Pues sí.

—Vaya, así que eres todo un galán.

—Tan sólo me he valido de mis capacidades.

—Ajá, así se hace.

—¿Y cuál es ese asunto tan importante? ¿Han asesinado a otro?

—No, pero seguramente tendrás que hacerlo.

—¿En qué consiste la tarea?

—Me ha llegado un chivatazo de que la competencia va a hacer una compra en el club náutico.

—¿Cuándo será?

—Dentro de dos días.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Sé que los vendedores vendrán con una barca motorizada.

Diago frunció el ceño.

—¿Una barca? ¿Para qué?

—No lo sé, para no llamar la atención.

—Pues no es una buena forma.

—Bueno, el caso es que vas a tener que estar ahí vigilando hasta que vengan.

—Joder.

—Procura también que no te vean, hasta que lo tengas en su sitio.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer finalmente?

—Lo ideal sería conseguir tanto la mercancía como el dinero. Amén de unos cuantos capullos de esos muertos.

—No hay problema.

—¿Crees que podrás conseguirlo todo?

—Pasaré lo que pase.

—Espero que traigas algo.

—Lo haré.

Dicho esto, Diago salió de la oficina. Se encaminó directo a su piso, pues ya quedaban pocas horas de oscuridad.

El *Hipercor* estaba cerrado por las noches, o al menos eso pensaba la mayoría de la gente, pero los noctámbulos también tenían que comprar cosas, además de que éstos, aún siendo menos que los diurnos, tenían gustos más lucrativos que no podían ser satisfechos durante el horario habitual. Diago había ido allí esa noche, tenía que comprar algo de ropa además de algún capricho que viera por ahí. Claro estaba que no se entraba por la puerta grande, puesto que así se daría cuenta quien no debiera. Había que usar entradas alternativas. Usó la que había en una zona de ocio con piscinas que se encontraba al lado del puente de La Almozara y que daba al río. Un supuesto cuarto de mantenimiento tenía una trampilla que daba a unas escaleras de mano.

Cuando las bajó, fue a dar a una red de túneles que recorría toda Zaragoza. Esta parte de los túneles era bastante vieja, pero no la que más. Se veían las viejas piedras con las que se había construido erosionadas por la

humedad, la cual era ahí muy alta por la proximidad del río, haciendo que los olores desagradables fueran habituales. Los túneles más viejos salían del centro, databan del siglo XV, o eso creía Diago, y muchos cruzaban por debajo del río, pero también muchos de éstos estaban o bien encharcados o bien inundados. Los más pudientes evitaban los túneles próximos al río, mientras que los túneles más oscuros y recónditos de este intrincado laberinto albergaban a toda suerte de individuos e, incluso había oído, de criaturas. El asesino podría usar los túneles como escondite, si es que los conocía. En las ciudades más grandes del país se utilizaba el metro, pero el suelo de Zaragoza impedía tales infraestructuras, por lo que había que valerse de los túneles, los cuales solían ser estrechos y angostos.

Diago conocía el camino hacia el *Hipercor*, pues ya lo había recorrido varias veces. Los pasadizos se hacían menos húmedos y más agradables conforme se alejaba uno del río. Finalmente acabó llegando al *Grancasa*. Los túneles que accedían a él estaban hechos como los que daban a los aparcamientos bajo la plaza del Pilar, sólo que éstos daban a los del *Hipercor*. Estos túneles conectaban con estancias supuestamente reservadas para personal autorizado, pero ahí estaban a la misma altura, lo cual ahorra las escaleras de mano, dando directamente a una puerta que llevaba a las estancias privadas. Al llegar, salió tranquilamente a los aparcamientos, pues por la noche era la forma de entrar habitual. Se dirigió a las escaleras mecánicas, las cuales estaban en marcha. Subió por ellas a la planta baja del edificio. Las zonas en las que las luces podían salir al exterior, con lo cual podía delatar la discreta actividad, estaban atenuadas, lo que les confería un aire de discoteca. Tampoco sonaban las típicas

melodías que oía la gente diurna cuando venía a comprar. El edificio tenía un ambiente *underground*, como dirían algunos. Nunca estaba muy lleno como cuandoabría de día, pues no eran muchos los que sabían queabría de noche. Diago debía ir con cuidado, pues allí iban de toda la ciudad, y podía encontrarse fácilmente con alguien a quien no cayera en gracia. La seguridad era fuerte, y estaba todo vigilado para que no hubiera altercados. Aparte de que éstos eran castigados severamente, puesto que el *Hipercor* nocturno no se regía por las normas habituales. De todos modos, podía ocurrir un desliz, por decirlo de alguna forma, que no fuera nada saludable para el accidentado.

Diago fue a la tienda de ropa que acostumbraba, allí estaba la mayoría de ropa que le gustaba. Estuvo mirando un rato hasta que vio algo que le llamó la atención. Cogió una camiseta y vio que era como una que había tenido en su otra vida. Era una *Quicksilver* negra, con una franja roja en el pecho y unos dibujos grises. Le encantaba esa camiseta, se le hizo raro encontrar otra igual, aunque la suya no era muy vieja. La cogió y fue a mirar una sudadera. Después de un rato echando un vistazo, cogió una negra con unas rayas rojas y unos dibujos blancos. Fue al dependiente, pagó lo suyo y salió de la tienda con una bolsa en la mano. Aprovechó para sentarse en una cafetería de las de clientela selecta. Allí le pusieron una taza de *vitae* con un toque de té. Era cara la jodi-da, como todo lo que podía digerir que le sirvieran en cualquier sitio. Estuvo un rato meditando. ¿Cómo iba a hacer lo del río? ¿Dónde podía esconderse para que no le vieran? También tenía que poder ver venir la barca. ¿Cuál sería el lugar idóneo? Diago estuvo un rato pensando sobre ello mientras echaba tragos de su taza.

Ya está, ya lo tenía. Se levantó, pagó el té y se encaminó a las tiendas menos ortodoxas. Primero al *Coronel Tapioca*, con suerte allí tendrían unos buenos pantalones.

—¿Qué desea? —preguntó el dependiente a Diago.

—Necesito unos pantalones cortos que pueda ajustarme a las rodillas y que tengan muchos bolsillos.

—Bien, venga por aquí.

Diago estuvo un rato mirando a ver qué le ofrecía el dependiente. Finalmente acabó viendo lo que quería, y además, de camuflaje.

—Bien, me quedaré éstos —dijo Diago—. ¿Tenéis también fundas de pistola?

—Por supuesto.

—Eso no lo vendéis de día, ¿eh?

—Claro que no, no somos unos delincuentes.

Diago compró una funda de pistola para la pierna, pagó todo y salió de allí para irse del edificio, mañana sería otro día.